

## EN LA SOMBRA DE LOS ÁRBOLES

Se concretaban dos horas de viaje, y el anciano Hapwood seguía sin mostrar ni un ápice de cansancio. Llegaba a fascinar como alguien cuya edad traicionaban las arrugas de su rostro, pudiese caminar impertérrito por los dificultosos senderos del bosque, más aún cuando las lluvias torrenciales de días atrás habían convertido en lodo todo cuanto íbamos pisando.

- Cuidado con la rama. – Avisó Hapwood devolviéndome a la realidad.

Aparté la molesta zarza con cuidado de no pincharme y sonreí al anciano a modo de agradecimiento, aunque de espaldas a mí no pudiera percatarse.

- Señor Hapwood ¿Dice el diario algo de las zarzas que acabamos de cruzar?

Harry Hapwood, impasible en su avance, colocó el diario frente a los pequeños anteojos que traqueteaban en el puente de su nariz y se aventuró a leer:

*19:30. El viaje se complica, la lluvia cada vez es más intensa, y apenas veo donde pisar.*

*19:38. El nuevo sendero es estrecho, aunque esto no me preocupa, debo bordearlo si no quiero zambullirme en los barrizales de más arriba, aunque para ello tenga que andar esquivando molestos zarzales.*

*19:56. Opto por la cuesta abajo, estoy cansado de subir y subir, pienso, que algún día habrá que bajar. La herida del brazo ya no sangra, odio esta vegetación. La peor parte se la ha llevado la camisa, aunque ahora me servirá de vendaje.*

*20:03. De nuevo oigo a perros ladrar, pero sigo sin verlos, estoy cansado y apenas me quedan pilas en la linterna. La apagaré aprovechando la luz de la luna, que ahora no tapan los árboles. El suelo está lleno de madera carbonizada.*

- Doctor, – Interrumpí – hasta ahora me atrevería a decir que hemos coincidido en cada tramo del viaje con el del Arthur Laffer ¿Cree usted que nuestra suerte ha cambiado?

- Por supuesto que no, detective Madbout, sin embargo, persisto en la inutilidad de este viaje. – Se quejó.

- Se lo he dicho. Sólo cumplo con mi deber. La madre del chico está realmente alterada por la desaparición, debe comprenderlo, como también, por otra parte, que a un pueblo tan pequeño como Swordmouth no le favorecen los escándalos.

- Créame cuando le digo que le comprendo, algunos secretos pueden evitar males mayores si permanecen como tales, aún así, no comprendo bien mi papel en esta historia. Encontré su diario en el bosque y enseguida acudí a la policía, creo ya he hecho bastante. Además, apenas conocí al joven Laffer. – Volvió a quejarse la voz cascada.

Obvié la malsonancia de aquel pretérito perfecto, y le hablé una vez más sobre la necesidad de un guía para el bosque. Harry Hapwood conocía a la perfección aquel laberinto de leños decrepitos, me atrevería a decir que mejor que a sus vecinos; yo no sabía mucho de él, salvo su doctorado en botánica, y que mantenía una herboristería a pocos metros del embarcadero.

Charlé con el anciano tras atender a todas sus objeciones, aprovechando que allí el tiempo parecía perdido entre las copas de los pinos. Sin embargo, apenas llegó a esbozarse una conversación, cuando Hapwood se perfiló ante mí como un hombre reservado, que no deseaba compartir su vida salvo con sus plantas, casi hasta tal punto de protesta, que me vi forzado a disipar sutilmente las huellas de mi atrevimiento, desviándolas de nuevo sobre el caso.

*20:15. La marca se repite en un nuevo árbol, supongo que algún Hansel o Gretel las habrá grabado para no perderse.*

*21:00. Casi no distingo el camino cuando llevo un cuarto de hora volviendo sobre mis pasos. Me gustaría decir que recuerdo este tronco sobre el cual escribo, pero no es así. Puede que esto sea lo último que escribo. Tengo que llegar a casa antes de que la noche caiga sobre el bosque.*

Miré el reloj tan pronto leí la palabra *noche*, y no contento con lo que éste me mostró, alcé la vista al cielo, que me respondió lo mismo pero con sus palabras, una claridad moribunda y casi exigua.

- Ya es tarde y aún no tenemos nada que nos diga que el joven estuvo aquí. – Dejó caer Hapwood sin connotaciones de ningún tipo, aprovechando mi manifiesta frustración.

- No podemos regresar, póngase en la piel del chico. Piense en su madre.

El anciano detuvo la caminata, parecía cansado, o esa era la impresión que me daba al menos. Aproveché para sentarme en una roca y echarle un vistazo a las últimas hojas del diario:

*21:10. Un insecto danza junto a mi pluma mientras escribo estas palabras – Arrancaba la introducción – no es un hecho relevante, pero lo será mañana cuando sus tripas reseca me impidan separar esta hoja de la siguiente, si es que llego a rellenar otra. La pendiente se pierde en mitad del bosque, que además profundiza su caída obligándome a adoptar un ritmo caprino y alocado; no creo que llegue abajo sin antes comerme el suelo un par de veces.*

*22:30. Esté donde esté ya no podré volver atrás, y menos con esta rodilla. Una frondosa arquivolta abre un nuevo pasaje hacia otro lugar, parece bastante profundo y unidireccional.*

*22:50. Perros. Oigo ladridos. Por todas partes.*

*22:53. No son perros, no se lo que son, pero no me quedaré para averiguarlo. He visto un aserradero no muy lejos, esto explicaría las astillas y trozos serrados que pueblan el suelo desde hace horas. Iré hacia allá antes de que lleguen.*

Cerré el diario y advertí a mi pareja de un breve paseo por el bosque. Apenas se inmutó. Cumpliendo mi palabra, volví allí en media hora.

- Veo, Dorian Madbout, que ha regresado de su viaje con expectativas satisfactorias.

El viejo se puso en pie y sin mediar palabra me indicó con un gesto que hiciese de guía.

Resumí en pocas palabras, pues no merecían más, los datos e indicios que me habían devuelto la pista sobre el joven. Al parecer, y según me contó Hapwood, aquel aserradero fue tiempo atrás propiedad de un gremio de leñadores, que alternaban su trabajo con la caza ilegal, hasta que un grave incidente les obligó a dejar el negocio.

La historia de Harry Hapwood tomó vida en la primera impresión sobre el lugar; la vieja construcción se fundía con la propia vegetación, el lugar estaba evidentemente en desuso, sólo había que contemplar las enmohecidas sierras que descansaban sobre troncos y taburetes, o los tablones apolillados que conformaban paredes, puertas y ventanas.

- ¿Vamos a entrar aquí? – Se apresuró en decir el herbolario.

- Sí, por supuesto. Oiga ¿Tiene usted el diario? – Pregunté rebuscando por cada bolsillo.

El anciano levantó el cuaderno como respuesta, añadiendo de paso que ya no había nada más escrito.

- ¿Qué ha sido eso? – Giré sobre mis pies con la linterna apuntando sin rumbo.

- Sr. Madbout, estamos en el bosque y en mitad de la noche, resultaría imposible oír algo que no nos alarmara, aquí el silencio suele ser mal recibido.

- Ya bueno, diga lo que quiera doctor, pero debo mi infancia al campo y sabe qué... eso que oí no era un maldito grillo. – Antes de acabar la frase ya había desenfundado.

Casi con la misma rapidez, el anciano me cogió del brazo y me miró fijamente.

- ¡¿Madbout contrólese, quiere?! Si en verdad piensa que el niño de los Laffer está en esa casa, vayamos y zanjemos el asunto, yo he cumplido mi parte guiándole por el bosque, ahora usted....

- Ahora usted permitirá que cumpla con la mía. – La seriedad de mi tono hizo efecto instantáneo en Hapwood, que de inmediato me soltó el brazo.

– Gracias, si me disculpa... – Revolver en mano, convertí en astillas la puerta de una patada. La facilidad con la que rompió no me sorprendió más que el propio acto. Algo me estaba poniendo tenso, y no era la hora, ni la noche, ni el bosque. Era algo...

Una fuerte emanación nos recibió de inmediato. Recorrí el cuarto con la linterna, pero sólo viejos muebles y motas de serrín se interpusieron en el haz de luz.

- No está aquí. – Se adelantó Hapwood, como si yo fuese incapaz de verlo por mí mismo.

Caminé en círculos durante un rato por el cuarto, cuando de pronto el suelo crujió bajo mis pies. Agazapado, barrí todo el polvo y la madera del suelo.

- Hay una trampilla.

- Parece bastante carcomida, detective, no creo que haya sido abierta en años.

Serré el extremo de una plancha robusta y delgada e hice palanca sobre la trampilla.

- Sólo hay un modo de averiguarlo, piensa ayudarme o se va a quedar ahí mirando.

Harry Hapwood optó por lo segundo sin mediar palabra, hecho que suponía de alguna forma. Cuando la trampilla cedió, una nueva emanación sacudió mis sentidos, pero esta vez era algo distinto, algo tan fuerte y repugnante que me hizo perder el sentido unos segundos.

- Hapwood, vigile la entrada, voy a bajar, y esta vez, écheme una mano.

El viejo me tendió su brazo para bajar, cuando sin querer, la curvatura de su tronco hizo que el diario se desprendiese de sus bolsillos, perdiéndose en la densa negrura del sótano. Acto reflejo, mis manos trataron de alcanzar el objeto, y no pude evitar correr su misma suerte.

Caí sobre el cuaderno, aunque mi espalda sólo sintió *dolor*.

- ¡Tíreme ese cuaderno, Madbout! – dijo la silueta que recortaba la trampilla.

*Estoy bien gracias*, pensé mientras sacaba un clavo ensangrentado del antebrazo.

- ¡Vaya fuera y miré en mi mochila, allí encontraré unas gasas y algo para curarme, tráigalo, rápido!

Permanecí sentado atendiendo la herida. Todo estaba oscuro salvo el pequeño marco de claridad por donde había caído. La linterna no respondió hasta un segundo golpe. Las hojas del cuaderno estaban dispersas, algunas perdidas bajo el serrín y las astillas.

Me apresuré a recoger cuantas pude y ordenarlas, cuando un membrete rosa que no había visto hasta entonces se cruzó con el del resto de hojas. Sentí estremecerme, aquella hoja formaba parte del diario del crío, era la hoja final, con el membrete de la editorial del cuaderno. *Estaba escrita por una mano trémula y adulta*.

*23:50. El pequeño Laffer ha despertado, estoy seguro que quería gritar, sus ojos son bastante gráficos, me dispondré a extraerlos del mismo modo que operé con la laringe.*

*1:30. El ritual ha concluido, la discreción como siempre exitosa, me apresuraré a ocultar el altar y los cristales. La sangre ya la borrará el tiempo.*

*2:16. Arthur Laffer ha muerto. Su cuerpo no soportó la idea (o la sensación) de estar vacío de cintura para abajo. Veo absurdo todo este sufrimiento, no es que sienta remordimiento, pero hasta que no salga de mi ignorancia, no encontraré el placer divino que sienten Ellos con estas atrocidades. Ver y aprender.*

2:30. He dejado los restos de Arthur en la bañera, volveré al pueblo antes de que Los Que Aullan entre la Madera vengan a saciarse. He olvidado mi cuaderno en casa, que torpeza, afortunadamente he encontrado este otro en los restos del niño, ya pasaré los textos en cuanto llegue a casa.

- Dr. Hapwood, cuando se cumple la Tercera Luna del Bosnj.

El papel volvió a caer al suelo, de pronto sentí arcadas. Una mezcla de rabia e incomprensión sacudió mi mente al pensar en el anciano que había ido a por gasas y alcohol. Mi mano cayó instintivamente en la funda de la pistola, pero ésta debía haberse perdido en algún lugar tras la caída. Palpé los suelos entablillados en su búsqueda, guiado más por el ansia que por la razón. Sentí que en ocasiones la palma de mis manos chapoteaba en charcos densos que mi juicio evitó interpretar para evitar caer en un pánico irracional. Algo crujió tras de mí. Sentí una respiración acompañándome en el cuarto, una respiración irregular y continua, que sellaba el vacío con su espanto.

Me giré tantas veces como pude, acepté sin titubeos todo lo que mis ojos me ofreciesen, cuando los cerré, la oscuridad me abrigó con sensaciones, primero fueron anímicas, de absoluta desolación, luego llegarían las físicas.

Deseé que fuesen cuchillos lo que ahondaba en mis costillas, me negué a creer que aquello que jugaba tan violentamente con mi carne fueran uñas, aunque se moviesen con total armonía y coordinación; balbuceé, sentí la sangre derramarse por mis labios, y la misma sustancia inyectándose en los ojos. Así pues, me volví, y acallé la única duda que permanecía con vida en mí. *Mi muerte.*

Dos grandes piezas ambarinas refulgían en la negrura para saciar mi curiosidad y saciarse a su vez de mí, en un trueque macabro. Sobre mi cuerpo descansaba otro que nada tenía que ver con mi especie ni con cualquier otra que pudiera recordar.

Una masa plumiza y escamosa, que codiciaba un postre insignificante bajo más de una decena de garras ominosas, como ya había hecho con Arthur Laffer, y como habría hecho con a saber cuantos otros antes.

Fue allí y en ese instante, cuando oí por última vez la voz de Harry Hapwood.

- Se lo dije detective, algunos secretos pueden evitar males mayores si permanecen como tales. No diga que no se lo advertí.